

Aprendemos juntos



Nº 39. Enero 2009



Hoja informativa para padres elaborada por los profesores de educación infantil del Colegio Virgen de Europa

“DEMASIADO PROTEGIDOS”

La tendencia de los padres a proteger desde el nacimiento a sus hijos es algo natural e instintivo. El recién nacido necesita de unos cuidados inmediatos y, si no los recibe, muere. Desde cualquier punto de vista, incluso el legal, proteger al niño no es sólo una tendencia natural, sino una obligación de la que se pueden exigir responsabilidades.

Si la ausencia de una protección suficiente puede causar perjuicios importantes al niño, una protección excesiva o sobreprotección, también.

Los motivos por los que a un niño se le protege demasiado pueden ser bastante diversos pero, en la mayoría de los casos, se debe a la personalidad de sus padres o cuidadores. Hay padres que se obsesionan con evitar a toda costa cualquier disgusto, enfermedad, peligro relativo o frustración al niño. Un desmedido afán por librarles de todo sufrimiento, les lleva a extremar sus cuidados, con una actitud sobreprotectora que les impide correr el mínimo riesgo. Les advierten continuamente de los “peligros que les acechan fuera de casa”. Investigan (desde muy pequeños) minuciosamente todo lo que hacen, los amigos y sus familias, cómo se comportan ante las propuestas de maestros y compañeros... prohibiéndoles hacer muchas de las cosas que hacen otros niños de su edad, decidiendo por ellos para que no se equivoquen, tratándoles siempre como si tuvieran una edad inferior a la que en realidad tienen.

La definición de padres sobreprotectores los caracteriza como aquellos que tienen una implicación emocional intensa y excesiva, que se preocupan por detalles insignificantes de la vida de su hijo, lo que conlleva la necesidad de un control permanente de la vida del niño. Esta actitud lleva a una dependencia, tanto de padres hacia sus hijos, como de los hijos hacia los padres, haciendo que parezca una sana relación cuando en realidad no lo es.

Se da la paradoja de que en muchas ocasiones se produce la reacción contraria a lo que algunos padres pretenden con su actitud sobreprotectora, y es que los niños se rebelen contra ellos. Se niegan a obedecer y a aceptar esas limitaciones que les están imponiendo. El niño puede pensar, cuando ve a otros niños hacer cosas que a él no le dejan, que los temores de sus padres son desproporcionados, y termina no haciendo caso de sus advertencias. Puede darse que el niño recurra a la mentira para no enfrentarse a ellos, pero acabe haciendo lo que él quiera. Otros pueden adoptar una postura claramente rebelde y establecer con los padres una relación de discrepancia abierta, lo

que en cierto modo es una postura sana, pues el niño intuye que esa sobreprotección es perjudicial para él, lo cual es muy cierto.

Cuando el niño no se rebela contra este modelo paterno y se esfuerza por lograr la aprobación del padre y responder a lo que éste espera de él, pero nunca lo consigue (porque siempre van a poner de manifiesto, su inmadurez, imperfecciones o fallos), la autoestima del niño siempre estará en entredicho, oscilando entre la reprimenda y la benevolencia. El niño se vuelve muy autoexigente, llegando a convertirse también él en un obsesivo.

Otros niños, sin embargo, aceptan las limitaciones que este tipo de padres les imponen y siguen sus consejos y advertencias. Como resultado, el niño desarrolla una personalidad insegura, con falta de autonomía personal y vulnerable, pues asume su incapacidad para descubrir todos los riesgos que entraña la vida cotidiana, y sólo es capaz de ver a través de los ojos de sus padres. Tampoco se atreve a tomar decisiones por su cuenta, pues cuando las toma, sus padres terminan haciéndole ver que debería haber hecho algo más acertado, dejándose aconsejar por ellos. Serán por lo tanto niños poco creativos, e incapaces de llegar a una completa madurez.

Estos niños pasan por vivencias problemáticas especialmente patentes entre los 5 y 12 años, aunque la dependencia sobreprotectora se gesta desde el nacimiento.

1. No terminan de integrarse en el colegio porque necesitan la presencia de sus padres para sentirse seguros.
2. Han aprendido a ser siempre los primeros y los mejores, por lo que no aceptan fallos ni críticas; para evitarlo, somatizan dolencias, suelen ser niños enfermizos que faltan mucho al colegio, no estudian diariamente “por que se encuentran mal” y en consecuencia, terminan teniendo bajos resultados académicos.
3. Tienen faltas de disciplina cuando no consiguen la atención que piden.
4. No establecen una sana relación con los compañeros, pues no logran verlos como a sus iguales.
5. Tienen menos oportunidades de aprender y los padres les excusan continuamente de sus errores, pues no ven los problemas, por lo que no aprenden a solucionarlos, terminando por convertirse en personas poco creativas para la vida, tiranas, egoístas e insensibles a los demás.

6. *“Los niños han de aprender que sus actos tienen consecuencias y que han de responder por sí mismos de ellos”.*

Los padres que no dejan crecer a sus hijos impidiéndoles cualquier riesgo que no sea absolutamente imprescindible, y resolviendo todas las situaciones a las que el niño ha de enfrentarse, consiguen que su hijo dependa completamente de ellos, haciendo cada vez menos cosas por sí mismo y delegando en ellos decisiones, obligaciones y responsabilidades. Se cierra entonces un curioso círculo vicioso, por el que el padre termina justificando su sobreprotección por la incapacidad de su hijo para valerse por sí mismo. “De pequeño tenía que sobreprotegerle para evitarle sufrimientos innecesarios y ahora he de seguir haciéndolo debido a sus limitaciones...” Muchos continúan considerando a sus hijos pequeños y con necesidad de protección, aunque tengan 20, 30 o 50 años.

¿Por qué se sobreprotege a los hijos?

Algunas respuestas de padres, que pueden darse en cualquier familia, tenga las características que tenga:

- Para compensar una privación personal. *“No quiero que mi hijo sufra lo que yo he sufrido, ni que sea educado en un ambiente tan autoritario como en el que yo crecí”.*
- Para compensar una ausencia. *“Como le tengo que educar solo/a...”* (Padres/madres viudos/as o separados/as).
- Para compensar el poco tiempo que están con él. *“Trabajo todo el día y para un ratito que pasamos juntos, no lo voy a pasar peleando...”*
- Para que se porte bien. *“No hay quien le aguante cuando le da una rabieta. Sólo le tranquilizo si le doy lo que me pide. La verdad es que cada vez son más frecuentes”*
- Para hacerle feliz. *“Quiero hacerle feliz, complacerle no me cuesta nada, para qué va a sufrir si son pequeñas cosas que cuestan muy poco”.*
- Para que no sufra. *“No quiero que sufra, ya tendrá tiempo cuando sea mayor y tenga que enfrentarse a la vida”*
- Para que no digan que soy una mala madre.

Los padres piensan que amar a sus hijos es hacerles el camino siempre más fácil, pero, en realidad, para que los niños crezcan felices, simplemente necesitan:

- Reconocimiento de lo que en realidad son y adaptación a las particularidades de cada uno.
- Respeto a sus ideas y sentimientos, dándoles modelos de respeto a los demás.
- Libertad para tomar sus propias decisiones.
- Potenciación de sus cualidades y aceptación sus limitaciones.

- Trabajo de su creatividad sin coacciones.
- Muestras de orgullo hacia ellos, enseñándoles el sentimiento que genera haber contribuido a hacer algo positivo.
- Oportunidad de compartir sus sentimientos de pérdida, dolor, rabia o frustración.
- Asunción de que corran pequeños riesgos, tomen decisiones y asuman responsabilidades de un modo progresivo y escalonado.
- Espacio para sus equivocaciones, fracasos o desengaños.
- Atribución con el paso de la edad de un margen de libertad paulatinamente mayor, para lograr un entrenamiento adecuado y evitar los riesgos o golpes innecesarios o excesivamente fuertes.

Es imprescindible que el niño conozca el esfuerzo, el valor de las cosas y la inseguridad ante hechos que le dan miedo, pues es la única forma que tiene de aprender a superarlo.

Cuando son pequeños hemos de estar cerca y supervisar con respeto sus acciones para poco a poco retirarnos; confiar en el niño, en su capacidad para encontrar soluciones y desarrollar sus propios recursos.

Debemos recapacitar mucho sobre la ayuda que se debe prestar a los niños, sobre cuándo dejar que sea él solo el que solucione las diferentes situaciones a las que se enfrenta, sobre los motivos por los que se hacen tan dependientes de los padres y éstos de sus hijos, sobre los procesos de evolución...etc.

La educación implica realizar una labor de dirección o conducción del niño por los cauces que consideramos más adecuados. No obstante hay que respetar los aspectos más profundos de su personalidad, evitando forzarla hasta tal punto que se confunda educar con convertir a alguien en el mero objeto de los deseos del padre o educador. El niño tiene la dignidad de todo ser humano, necesita ser respetado, aceptado en sus cualidades y limitaciones, aunque se le estimule y ayude a perfeccionarse.

Hay que enseñarle a saber dirigir cada vez más y mejor su propia vida, a tener más y mejores criterios para poder tomar decisiones, nunca decirle que haga las cosas porque le gusta a su padre o a su educador.

“NO ES MÁS FELIZ EL NIÑO QUE TODO LO TIENE POR QUE SÍ, LO ES EL QUE SE SIENTE ORGULLOSO DE HABÉRSELO GANADO CON SU ESFUERZO Y TESÓN. No hay nada comparable a la cara de un niño cargado de satisfacción por algo que ha conseguido por sí mismo”

Bibliografía:

- “Rebeldes con causa” Javier de las Heras. Ed. Espasa hoy.
- “El niño feliz”. Dorothy Corkille. Ed. Gedisa.

